

EL PROFESOR ALBERT POLICARD*

POR

EL PROFESOR DOCTOR

DANIEL MACKEHENIE

He recibido del señor Decano de la Facultad de Ciencias Médicas el honroso encargo, que agradezco en lo que vale, de dar la bienvenida al Profesor POLICARD. Al cumplirlo, tengo presente que éste es un hogar donde impera la verdad, que estoy en la segunda mitad del camino, ya cerca de los linderos de la selva oscura y que sería impropio manchar mis labios con lisonjas. Reconozco cuánto debo, cuánto debemos, a maestros de toda nacionalidad entre los cuales se cuentan los de nuestra lengua y nuestra raza. Pero los primeros rudimentos del difícil arte los aprendimos en libros franceses y justo es publicar el agradecimiento. A lo que se agrega el placer de remozarse espiritualmente, de revivir el pasado, de imaginarse lleno de ilusiones entre compañeros leales. Y que entonces había también dificultades y amarguras que a los humanos tocan en el valle de lágrimas; y que a quienes supusieran que nuestra vida fué más plácida que la actual, sin las ásperas luchas del presente—una Arcadia—, responderíamos melancólicamente que no estuvimos en un lecho de rosas.

Más ricos en afecto que los modernos, sí; y a los que nos enseñaron, como a padres, tributábamos la veneración y el respeto que imponen los cánones hipocráticos. Si reíamos con la alegría sana del jocundo cura de Meudon, también sabíamos hasta dónde se asociende *per amorem*. Pecadores al fin, algo murmurábamos aunque sin hiel, pues nunca pasamos por incondicionales. ¿Vasallaje perenne? No. Independencia unida a cortesía, expresada en el inquebrantable “se acata pero no se cumple” español o en el gentilísimo “tirad Señores ingleses”; espíritu caballeresco que lleva a Policard y a Le-

* Discurso de saludo leído en la sesión del 22 de abril de 1935, celebrada por la Facultad en honor del Prof. Policard.

riche impugnando las ideas de Ollier a poner de égida su nombre, al frente de la obra propia.

Larga digresión ésta que excusará el Profesor Policard cuando sepa que, por fortuna, sus maestros también nos pertenecen, por lo que de ellos perdura, en lo escrito, con aquella diafanidad exenta de esoterismos, peculiar al genio francés, tal como conviene para no conturbar almas juveniles. Inútil citar los grandes nombres que brillan en todas las ramas de la ciencia : Bichat, Pasteur y Bernard bastan. Ahora, abusando de la oportunidad, me refiero a los míos, Penates, *Dii minores*, más caros por ser familiares.

Cuando con un compañero muy querido, Ramón Ribeyro, a quien podría elogiar en justicia de no impedírmelo el vínculo cuasi fraternal que nos ligó desde la escuela primaria hasta recibir las órdenes, y aun más allá y siempre, iniciamos los estudios recurriendo a libros franceses : a Testut, que amenizaba las mil complejidades de la Anatomía ; a Dieulafoy, heredero del aticismo de Trousseau; a Faraboeuf, anheloso de conseguir la máxima precisión; a Lejars, que animaba al más poltrón; a Ivon, Tillaux, Blanchard, Vibert, Laveran, Teissier, Lacassagne, Hallopeau, Cöyne y tantos otros que vienen a mi memoria, al reclamo del recuerdo grato. Esta es mi tabla de afectos, también de valores.

El primer contacto con la Histología lo tuvimos por intermedio de Berdal. Fué nuestro silabario científico, y si no progresé en la lectura de corrido, se debe a cierta carencia mía que conviene callar. He querido, en estos días, ver los *Nuevos elementos* para uso de los estudiantes, publicados en 1894. Con intensa emoción revisé el texto, del que aun recordaba trozos. Los grabados escasos y esquemáticos llegan a 180. Ignoran hoy los estudiantes, que poseen libros profusamente ilustrados, hasta con reproducciones fieles en colores, el esfuerzo mental que significaba reconocer en el corte la imagen libresca; más aún, adivinar sólo por la descripción, los elementos. Pero esto mismo, el ejercicio de descifración, producía goce mayor que esperar pasivamente la demostración del ayudante. Con todo, el libro claro fué releído con afición y si he de referir mis sentimientos íntimos, con deleite. Por él conocimos los geniales descubrimientos de Ramón y Cajal y nos interesamos en sus colaboradores o émulos. También supimos de Robin, Ranvier, Renaut. El nombre que a menudo ocurría era el de Ranvier, quien con pobre técnica hizo hallazgos tan importantes que hasta el día sobreviven. Mi próxima experiencia fué Mathias Duval, fisiólogo, embriólogo e histólogo. Se desprende de sus escritos una simpatía contagiosa por la obra y por el hombre, dado enteramente a la enseñanza. Hay en

el prólogo de su Fisiología una frase que en nosotros, generación próxima al gran desastre, nos conmovía hasta lo más profundo. Se quejaba el sabio de haber escuchado una expresión desgraciada “vuestra traducción de Küss”, olvidando, quien la pronunciara, la nacionalidad del maestro y el cargo que desempeñaba en la ciudad natal, separada de la patria. *La substancia mirífica* de su Histología se condensa en estas líneas: “Se ama la enseñanza en todas sus formas, con la palabra, la escritura, y el dibujo. Preparar y después hacer una lección cuidadosamente, ha sido para mí la fuente de mis más vivas satisfacciones”. Y “un libro didáctico se ha de disponer de tal manera que, después de leerlo pueda consultársele con fruto, revisando en unas cuantas ojeadas el conjunto de capítulos”. Todo un programa de docencia realizado.

Y vino después la Citología de Hennequy, que conservo en edición tan preciada como un Elzevir, y en seguida por Hennequy-Balbani; y apartándome un poco del camino recto, la Zoología concreta de Delage y Herouard, y Thelohan y Leger con sus Gregarinas, y Labbe con su Sporozoa y tantos otros de cuyos nombres puedo acordarme.

No es este, para mí, un catálogo árido que entonces habría aderezado a los autores, según el uso, en orden alfabético, agregándoles comentarios ajenos—procedimiento aconsejado burlescamente por el Príncipe de los ingenios—sino indicación de rumbos que en vano intenté seguir.

Decir la claridad y la armonía de los autores franceses equivale a caer en el *truismo* más calificado, que haría palidecer de envidia al Señor de La Palice y a su congénere Pero Grullo; más lo que casi siempre se silencia es la *difícil facilidad* con que manejan los temas más abstrusos; la elegancia con que sintetizan, aparentemente sin esfuerzo. Como la armadura famosa, tiene su pluma un letreiro que advierte:

“ nessun la mova
che star non possa con Orlando a prova”

Precisamente una de las cualidades del Profesor Policard es la nitidez de su estilo que le consigue adeptos numerosos; otra, la valentía con que arremete contra dogmas consagrados cuando los cree falsos. El éxito conseguido entre todos sus lectores se debe en parte a la exposición y al método con que trata las materias. Esto en la enseñanza es primordial.

A fin de darnos cuenta de sus méritos examinemos las condiciones en que el alumno inicia el estudio de la Histología. Recar-

gada hasta el exceso la mente con los términos, para él nuevos, de la Anatomía Descriptiva, en los que la memoria más privilegiada zozobra con las centenas de inserciones musculares, con el infinito número de ramúsculos nerviosos y vasculares, con el complicadísimo trayecto de los haces nerviosos; y teniendo que dedicar el escaso número de horas que le resta a la disección, humano es comprender que no se sienta atraído por un curso que además de exigir técnica, aún más fina y laboriosa que el otro, sea enseñado a la manera ordinaria, con el mismo esfuerzo memorista, sin vincular las estirpes de elementos, sin insistir—método mnemotécnico—sobre la evolución. Un desfile de nombres desnudos: stratum germinativum, st. spinosum, st. granulatum, st. intermedium, st. lucidum, st. corneum, st. disjunctum, o bien: Hemohistioblasto, Hemocitoblasto, Promieloblasto, Mieloblasto, Promielocito, Mielocito, Metamielocito, Granulocito, términos que multiplicados por las tres series mieloides, dan un buen producto, y que recuerdan amargamente al estudiante que aún no se ha libertado de las letanías silogísticas: Barbara, Celarent, Darii, Ferio—Baralipon, Celantes . . .

El Profesor Policard explica las conexiones, las derivaciones, las equivalencias, las funciones, etc. con la maestría de un estilista que sabe enseñar. Es indudable que disponemos de muchos y buenos libros, pero la mayoría de ellos, como el voluminoso *Handbuch* de von Möllendorf, están destinados a especialistas, no a estudiantes de Medicina que han de conseguir las nociones básicas fundamentales para comprender la Patología. Ni el detalle nimio, ni la noción supérflua. Por que ha tenido en cuenta el ilustre histologista de Lyon estas directivas, obtiene el éxito más rotundo. A indicación del lamentado catedrático Dr. Daniel Eduardo Laverría, sus discípulos utilizaron el *Policard* como texto y esta recomendación la hizo también el Dr. Mori, encargado del curso. Más no sólo por lo anterior, que ya es bastante. Muchos autores consideran la Histología, parodiando a un autor famoso, como el estudio de porciones de Tejidos, incluidas entre vidrios, teñidas con una cromática difícil—mientras más difícil, mejor—e insultadas las células con términos extravagantes o nombres raros. Para que la Histología, base de la Anatomía Patológica que a su vez lo es, e imprescindible, de la Medicina entera, sea comprendida, justipreciada como merece y fructifique, se hace obligatorio reflexionar que su estudio recae sobre elementos vivos y que sólo por abstracción separamos Anatomía de Fisiología, y que la forma va unida a la función, como en los tiempos aristotélicos. Tal es el plan de la *Histología Fisiológica*.

Ligado va lo sano a lo enfermo. Y entre lo normal y lo anormal toda una gama copiosa. Y lo anormal cuando entraba o pervierte funciones, es patológico. ¿Qué enfermedad aquejó al anciano portador de bazos supernumerarios o nervios que recorrieron trayectos desusados? Hallazgos de autopsia que en vida fueron inadvertidos.

Más que describir monstruosidades, rarezas o casos únicos, preocupa al patólogo moderno saber cómo se constituyeron las lesiones irreparables. Más que maravillarse del cáncer gigantesco o del escroto-odre elefantiásico, averiguar cómo todo esto se inició; cuales fueron las alteraciones primarias de forma y función en el grupo celular que salió de la buena vía para multiplicarse sin control o qué obstáculo hubo en los conductos linfáticos para que la obstrucción culminara desmesurada, y ante todo, conocer la causa, que de ello, tal vez venga el remedio o la prevención. Tal, entre otros, pensaba el maestro Tripier, gloria de Lyon.

Así, la Histología patológica, un tiempo desdeñada, crece en importancia sin desmedro de la Anatomía macroscópica que le sirve de guía en la investigación, que limita el campo de búsquedas; pero que no puede suplirla, porque los sentidos más finos y experimentados no reemplazarán al instrumento amplificante o a los delicados reactivos. Mayor ventaja se obtiene con la idea de proceso reversible. Ya no el camino fatal de la alteración necrótica ineluctable sino la lesión susceptible de enmendarse, por ejemplo, la infiltración excesiva emparentada con la degeneración, que retrocede hasta la *norma*. A Dios gracias, muchas Anatomías Patológicas escapan a la mesa de autopsias o al bocal conservador. La Tanatología es parte de la Patología, pero no la mayor, ni la más importante.

Acontece con la mayoría de las descripciones de Patología lo mismo que con las de *Histología Estática*; con el agravante de que si en éstas el daño es pequeño, en lo mórbido, de no seguir las orientaciones que propugna el Profesor Policard, se obtiene sólo un resultado desalentador y sin exageración puede afirmarse que se consigue una clave unívoca para los procesos más disparatados.

En mis mocedades corría con aceptación la siguiente anécdota, que falsa o verdadera, referiré. Interrogado un alumno sobre cierta batalla de la que ignoraba fecha, lugar, resultado y contrincantes, y creyendo que con lugares comunes salvaría su triste situación, animóse a describir lo que suponía característico de un combate. Con sorpresa oyeron los examinadores el desparpajo con que el *listo* ha-

blaba del ruido de la fusilería, ahogado por el estampido del cañón y el estallar de las bombas, los ayes de los heridos al acallarse el ruido ensordecedor, los ríos de sangre, que veía correr; hasta que, impaciente, un examinador socarrón interrumpió la narración truculenta exclamando:—“Bien, muy bien, eso es una batalla perfecta; pero yo le he preguntado por la de X”. Perdonadme que haya roto la solemnidad del acto con una chuscada impropia que viene aquí como de molde, pues “mejor es reir, que males escribir”.

En Patología abundan las descripciones-tipos adaptables a cualquier proceso; mas, a menudo falta la exacta, la que explique el combate, la agonía o necrobiosis entre lo sano y lo enfermo, las fuerzas defensoras que en ocasiones inclinan el éxito desfavorablemente. Son cuadros patológicos vistos al terminar la contienda en que los combatientes yacen mezclados entre las ruinas, ignorándose la bandera bajo la cual combatieron. Carece el relato de topografía y de cronología.

Tiene el espíritu del ilustre huésped nuestro, el bautismo de Bernard y la confirmación de Guiard y de Regaud. De allí, sin duda, la orientación de su labor, el romper viejos moldes e impaciente de nuevos conocimientos, incapaz de limitarse a la observación rutinaria y ocasional, ha querido entregar la *antorcha* a los próximos *corredores*, alumbrando con mayor brillo. De allí procede el concepto de Histología Experimental expresado en su lección inaugural y procediendo como pensara, sus trabajos posteriores llevan este sello.

En las bellas preparaciones de Ollier se mostraba en *grosso* las propiedades osteogénicas del periostio; hasta había alguna en que la membrana semejava lámina ósea enrollada. Un momento, deslumbrado por el dogma, Policard y Leriche aceptaron la tesis que se decía inconvencible. Los autores, sin embargo, sagacísimamente pasaron de lo humano a lo experimental y comprobaron que despojando el periostio enteramente de hueso, en el animal no había regeneración y que era *conditio sine qua non* para reparar la brecha que persistieran fragmentos óseos adheridos a la lámina fibrosa; que éstos la hacían retornar al período embrionario, volviendola apta por la evolución propia de sus componentes mesenquimales condicionados por el ambiente, a construir huesos. El hecho regenerativo encontró su cómo y su por qué e indicó la técnica quirúrgica apropiada. Igual independencia de criterio caracteriza al Profesor Policard en su *Evolución de las heridas*, obra concebida en las duras horas de la guerra. Señaló en ella la flora, las reacciones tisulares, la intensidad variable de la infección, demostró cómo el más modesto obser-

vador podía, con exámenes microscópicos *razonados*, ser útil al cirujano.

Histología viviente prescribe el Profesor de Lyon y con ella estudia el tejido óseo en su evolución, en los conflictos tisulares allí producidos, en el ambiente químico y físico determinante y la simple columna ósea es ya órgano vivo funcionando, remodelándose.

También ha estudiado Policard la patología del pulmón, en especial antracosis, silicosis y siderosis empleando el nuevo método de la microincineración.

Si he de confesar una predilección personal, subjetiva, enteramente mía, por alguna de las luminosas ideas que a manos llenas reparte el sabio a quien honramos, diré que su concepto de la textura del pulmón es la que más admiro. Tema que a nosotros nos preocupa muchísimo, es el poder defensivo de ciertas células, cuya función recientemente reconocida, se agrega a las otras ya admitidas en la fisiología del órgano. Curiosa reversión de las ideas se opera en unos cuantos decenios en la manera de comprender el alvéolo pulmonar. Primeramente, se creyó que los capilares estaban desnudos de revestimiento y que se ponían en contacto directo con el aire. Después, que había interposición de un estrato epitelial continuo y que el oxígeno para alcanzar la sangre y el ácido carbónico para salir al exterior, por fuerza atraviesan la pared endotelial de los vasos y la capa celular que en barniz delgado tapizaría los acini. Más tarde, algunos investigadores admitían que la capa no era continua ni uniforme, que habría células pequeñas alojadas entre las mallas capilares, sostenidas por el armazón elástico-conjuntivo y que por sobre los vasos se extendería una lámina anhistá, anucleada. El método de la impregnación argéntica dibujaba baldosas irregulares. Células pequeñas y láminas tenuísimas—invisibles en verdad a la observación microscópica—no obstante, se hallaban ligadas genéticamente, pues de las primeras se originaban las placas anucleadas; pero la formación se reputaba totalmente epitelial como el revestimiento brónquico, del cual procedían por gemmación, aplanándose en los primeros esfuerzos respiratorios. El profesor Policard en unión de Lang, Maximow y otros más, defienden en buena cuenta la teoría primitiva, con la adición fructuosa del significado de los elementos, inadvertido por los micrografistas de antaño. *Los capilares desnudos y entre ellos alojados los histiocitos con todas sus virtudes y transformaciones.* Teoría atrevida que rompe la clausura del mesénquima y lo pone en relación directa con el exterior. La controversia continúa incesante. Desaparecería la ex-

trañeza recurriendo a la Anatomía comparada: en las aves no existen alvéolos; el aire inspirado y el espirado sirven por igual a la hematosi y la corriente aérea activísima baña por completo, a la entrada y a la salida, los tubos sanguíneos aislados. Argumento invocado por el profesor Policard, el que los botones carnosos de las heridas o de las inflamaciones crónicas, sin inconveniente alguno, salen por días al exterior; y nosotros estamos acostumbrados a ver verrucomas mulares al descubierto, sin epidermis que los proteja, o reducida ésta a una simple gorguera. ¡Veámos el mesénquima, sin saberlo! Entre *epitelistas* e *histiocitaristas* hay una teoría de conciliación: las células alveolares son epitelios, no revisten por completo la cavidad y desempeñan papel fagocitario, a semejanza de las células del epiteloma que engloban diversos elementos.

En la cuestión que consideramos se encierra, no por cierto simple asunto baladí de terminología, sino doctrina de máxima importancia, biológica y patológica.

¿Es posible que la limpieza de los sacos alveolares se encomiende a elementos sedentarios de origen epitelial? Con la expectoración salen partículas pequeñas y gérmenes que las células de polvo incluyen. Otras veces la tarea del barrido es formidable, como cuando—según nota Huebschmann—un granuloma tuberculoso intraalveolar es expulsado *in toto*, obteniéndose la *restitutio ad integrum*. Las células de polvo o cardíacas funcionan, pues, a lo *histiocito*, almacenan carbón, microbios, colorantes apropiados con vivacidad sorprendente, ingiriéndolos en ocasiones—experiencias de Seemann—en pocos minutos.

¿Hay independencia entre las tituladas células de revestimiento y los histiocitos indudables de los septa? Ambos desempeñan el mismo papel y si empleamos la vía sanguínea o la aérea—como ya lo hicimos con microorganismo típico de reacción monocítica inconfundible—los macrófagos del alvéolo y los residentes en los tabiques conectivos aparecen igualmente parásitos.

¿Cuál es el origen de los cánceres llamados alveolares? ¿Y el de las esclerosi pulmonares? ¿A expensas de la *tendencia prospectiva* de células que, próximas a su fuente mesenquimal, gozan de mayor *ángulo evolutivo*?

La concepción de Policard, reforzada experimentalmente con los cultivos de Lang de bacilo de Koch y de tejido pulmonar,

explicaría fácilmente los fenómenos, pues entonces un elemento ubicuo, multipotente, transformable, se encargaría de estos menesteres.

Señores :

Vais a escuchar la palabra del sabio, atended a ella, reparad en la hermosura del tapiz, "la lisura y tez de la haz", la belleza de las formas; olvidad las figuras que os presento "*llegadas de hilos que las escurecen*" pues son traducción; y perdonad al *mago de Persépolis* que : "discurrió largo tiempo, dividiendo lo que no había necesidad de dividir, que probó metódicamente las cosas más claras y enseñó lo que sabía todo el mundo".

Francisco Arouet, por boca de Babuco, os recomienda el perdón, porque la intención del impertinente era buena; quise honrar a Alberto Policard y a mis otros maestros franceses.